A RATOS ME RECONOCES

Benjamín Escobedo



A mi madre,
por transformar el tiempo en amor

Cuando yo era un hombre
Tenía un padre y una madre
Ora yo soy mi madre
Y mi padre una foto sin boca

Antonio Silva, «La vida subjetiva»

Yo también te busqué
sin saber dónde ir

Javiera Mena, «Como siempre soñé»

I

No podía parar de rascarme cuando aparecieron esos pequeños puntos rojos alrededor de mi ombligo. Al principio no eran más de cinco, pero a la semana terminaron cubriendo gran parte del espacio que hay entre el pene y la guata. Revisaba mi piel y no encontraba nada. En un principio pensé que podía ser suciedad, me lavaba con fuerza en la ducha, pero la picazón no se iba. Cuando le mostré a mi mamá dijo que podía ser un hongo.

—Yo creo que esto es pura baja de defensas.

Al buscar en internet, salió que tenía cáncer de piel, un herpes o ladillas. Me asusté y preferí creerle a ella: un hongo.

Comencé a secarme con toalla nova el cuerpo, según mi mamá se eliminaba mejor la humedad. Pasaba el papel cuidadosamente, tratando de que no quedaran pliegues sin secar. Me echaba de la crema que le habían dado a ella para los hongos de sus pies. No sirvió de nada. Los puntos fueron cambiando y ahora eran de un color café, del tamaño de una lagaña, con relieve y tonos transparentes. Al pasar mis dedos se diferenciaban de mi piel; se sentían como algo ajeno.

Pelo. Punto. Piel. Ese era el recorrido que hacía con los dedos para rascarme. Parecía que entre los pelos había basura; pequeñas costras. Solo las vi cerca del ombligo, pero la picazón no quedó ahí.

En las noches me revolcaba en la cama, sentía esas patitas que se movían por mi espalda, el pecho, los testículos, el culo, donde más se movían. Entraban y salían de mis cachetes delgados, como si hubiera un espectáculo dentro. Solo tenía mis manos, apenas las sentía, me rascaban con rabia, pero se movían rápido hasta convertir la comezón en ardor.

La piel cambiaba de color; a veces roja, otras medio amoratada. Mientras más ardía, más duraba la calma sin tener que rascarme. No paraba de mover mis dedos aun cuando me daba cuenta de que las uñas empezaban a herirla. Que arda, antes que pique, que arda, me decía.

Con la fuerza de mis dedos logré que una de las costras se desprendiera. Con las uñas la empecé a empujar para que se soltara y la dejé en la yema de mi dedo. Vi que tenía unas patitas que se movían rápidamente, pero no avanzaban; como un chanchito de tierra que está de espalda. La dejé sobre una de mis uñas y presioné contra la uña del pulgar contrario. Sonó hueco. Mis dedos se mancharon con sangre; igual que cuando mi mamá me mataba los piojos en kínder.

Eduardo venía a estudiar los lunes y miércoles a la casa. La Gloria, su mamá, empezó a cuidar a mi abuela cuando comenzó a olvidarse de las cosas. Mi mamá tenía miedo de dejarla sola y le pidió el favor a ella, que vivía unos pasajes más allá de nosotros.

La Gloria traía al Eduardo obligado para que no repitiera de nuevo. Iba en tercero medio y tenía cuatro ramos con rojo. Éramos compañeros de curso, pero en el colegio nunca me saludaba. Le daba vergüenza. Decía que yo hablaba muy despacio, que caminaba muy apretado y que, si lo veían conmigo, podían pensar cosas raras de él.

Eduardo era el único del curso que tenía polola. Estaba obsesionado con saber quiénes ya habían tirado. Les preguntaba a todos los hombres, menos a mí. Siempre me saltaba. Hacía lo mismo cuando armaba los equipos en educación física o para formar grupos en las competencias de las alianzas.

Cuando la Gloria lo trajo a la casa fue la primera vez que me estiró la mano para saludarlo.

—Mi niño, ¿por qué no le ayuda un poco al Lalo? Pa que no se quede pegao de nuevo, no quiero que me lo echen.

Se sentaba en la mesa conmigo mientras la Tita veía la teleserie. La Gloria aprovechaba el rato y se iba a jugar a las máquinas. Quedábamos solos toda la tarde.

El cuaderno de Eduardo estaba lleno de penes dibujados. Unos peludos, otros con venas muy gruesas y algunos con cara de conejo. Cuando abrió el mío, hizo uno asomado en la parte de abajo. Le dibujó tres gotas saliendo de la cabeza. Me preguntó si eso era lo que me gustaba, si así lo imaginaba. Se lo quité con fuerza y saqué la hoja. Lo volvió a tomar.

—Yo te enseño cómo tocar a un hombre y tú me hacís pasar de curso.

Nos metíamos al clóset de mi mamá apenas salía la Gloria. Le gustaba ahí porque así no veía mi cara. Tenía que agachar su cabeza para no pegarse, era mucho más alto que yo. Él corría los abrigos que guardaba mi mamá, hacía un espacio y me metía dentro.

Encerrados escuchábamos cómo la Tita, mi abuela, subía el volumen de la tele. Solo él se bajaba los pantalones, yo no podía, porque estaba aprendiendo. El poco rato que estábamos de frente hacía que recorriera su abdomen con la mano. Su cicatriz de apendicitis me alertaba que ya estaba cerca de

lo que tenía que agarrar. Cuando llegaba ahí me daba vuelta. Estiraba mi mano hacia atrás y le apretaba el pene. A veces no calculaba bien y le tiraba los pelos, adelante, atrás, más rápido, aprieta más. Solo se escuchaba el ritmo de su respiración y el ruido que hacía con mi movimiento.

La última vez que lo hicimos fue diferente. Me bajó los pantalones, cuando estábamos de frente me acercó hacia él. Mi pene chocaba con el suyo.

—Sin besos porque eso es de maricones.

Me di vuelta y empecé mi movimiento mecánico, cuando aceleré se apegó más a mí. Ya no existía separación, me apretó más fuerte de lo normal. Sentí algo tibio en los cachetes. Cinco días después me empezó a picar el ombligo.

En la noche le conté a mi mamá que creía que los puntos no eran un hongo. Cuando se lo dije, el ojo izquierdo se le empezó a cerrar más rápido. Desde que trabajaba seis días a la semana, de guardia de supermercado, apareció el tic. Con la Tita solo la veíamos en la noche y algunos domingos, ese era el único espacio para conversar. El resto del tiempo solo éramos yo y mi abuela, quienes nos vimos obligados a contar con la compañía express de mi mamá.

No me creyó.

—Yo pienso que te lo estái puro imaginando, si te dije que era un hongo.

Me levanté la polera y le mostré de nuevo. Me dijo que faltara al liceo y que fuera al médico.

A las siete de la mañana estaba afuera del consultorio para conseguir una hora. Dije que tenía alergia, no nombré nada más. Me atendieron tres horas después. Le dije a la doctora

que iba por una picazón en el cuerpo. Nunca me miró, no dejaba de escribir en su computador y me dijo que me iba a dar pastillas para la picazón.

—Siento que me caminan cosas, como si tuviera bichos.

Recién ahí se detuvo, me pidió que me subiera a la camilla y puso una luz encima de mi guata. Utilizó una especie de lupa colgante, enorme, con una aureola blanca alrededor. La colocó a la altura de mi ombligo y puso su ojo sobre él. Tomó aire.

—Es más común de lo que tú crees, sobre todo entre personas homosexuales.

Yo nunca nombré al Eduardo, nunca dije cómo fue.

Puso la lupa en distintas zonas de mi cuerpo, en el único lugar que no tenía era en las axilas y los brazos.

—Menos mal viniste, yo he visto casos de personas que tienen hasta en las cejas.

Me sentía sucio mientras ella no paraba de hablar de su descubrimiento. Preguntó si podía sacarles una foto. No alcancé a responderle, cuando apoyó su celular sobre la lupa.

—Se las voy a mostrar a mis colegas, porque hace mucho que no veía tantas.

Me vestí, escuché sus instrucciones y salí sin despedirme.

Debía echarme una crema en todas las partes del cuerpo en las que hubiera pelos, menos la cabeza, y lavar con agua hirviendo toda la ropa que utilicé en la última semana, incluyendo la ropa de cama.

La mujer me explicó que los bichos podían sobrevivir diez días sin estar incrustados en la piel. Pensé que toda mi casa estaba infestada de ellos, los sillones, la cama de la Tita, los abrigos de mi mamá. Sentí que estaba compuesto únicamente de bichos, y que al mínimo contacto los vería caminando por

el cuerpo de la otra persona. Que habían levantado una población entera sobre mi piel, un espacio que era de ellos, que ya no controlaba, que estaba condenado a existir con parásitos caminando sobre mí.

Cuando le confirmé la noticia a mi mamá, quiso saber cómo habían aparecido. Le dije que a veces se pegaban por la ropa, que quizá me confundí con la toalla de algún compañero en los camarines del liceo; que pasaba siempre.

Su ojo tiritaba aún más.

Se quedó callada mientras sacábamos las sábanas. Se tomó la cara. El pito de la tetera comenzó a sonar, me miró con rabia.

—Erís un hueón cochino, sucio. Ni siquiera hai terminado el colegio y ya te pegaste algo.

Mi mamá salió de la pieza y dio un portazo. Tiré sus abrigos y la ropa de cama al fondo del canasto. Vi la chaqueta morada que me regaló la Tita unos años atrás, la dejé de usar por las cosas que me gritaban en la calle. Puse toda la ropa encima para taparla. Las patitas podían caminar por las mangas.

En la noche me echaba la crema que tenía olor a parafina, olor a invierno. Partía con los pelos finos en los dedos de los pies y terminaba con las cejas, me miraba en el espejo y la piel se veía aceitosa, como el refalín de la plaza de la esquina.

Con la crema se cayeron a los dos días, lo digo así porque vi cómo se soltaban de mi cuerpo al tirar el chorro de agua encima del ombligo. Daba el agua caliente hasta que me quemara. La piel colorada se asomaba de a poco entre el vapor que cubría ese pequeño espacio cuadrado que era el baño, con baldosas picadas y hongos que avanzaban, con puntitos negros, sobre la muralla.

No había costras, el suelo estaba lleno de ellos, que nadaban aturdidos rumbo a su muerte.

Dejé que el agua corriera más tiempo de lo normal. Sentía que los minutos no avanzaban, que no era suficiente para acabar con ellos, no quería que quedara ninguno. Me refregué entero, buscaba a los bichos para verlos gordos, saturados, satisfechos.

Debajo de mis pies ya no había agua, sino un charco de mi sangre.

No salí de la casa durante todo el tratamiento. Después de echarme la crema durante tres noches tenía que esperar, descansar cuatro noches y volver a aplicarla tres días más, por si quedaba algún huevo.

No dejé que nadie entrara a la casa. Gloria dejó de ir y yo me hice cargo de la Tita durante ese tiempo; llevaba con Alzheimer poco más de un año. Partió confundiendo los días, luego el año en el que estábamos, hasta que nos empezó a cambiar los nombres. Solo recordaba cosas del pasado: cuando ella era más joven, cuando mi mamá aún no quedaba embarazada.

Desde que nos quedamos solos, me confundía con mi papá.

—¿Cuándo te vai a casar con mi hija, Juan? —me preguntaba cada vez que almorzábamos.

Mi abuela me recordaba que mi padre tenía nombre y que además debía tener algún parecido conmigo.

Lo único que la Tita no olvidaba era el nombre de los personajes de las teleseries turcas. Zuleyha, Mirán, Gonur, Hasan. En ese encierro de los dos yo también los aprendí, acortábamos el día viendo esas barbas espesas de los turcos.

En una escena la protagonista besa a un hombre a escondidas. Imaginaba los bichos caminando hacia ella, veía las cejas de las actrices llenas de patitas. Iba al baño, me subía la polera y me miraba el ombligo, revisando los pelos para ver si había brotado algún huevo. Nada. Volvía donde la Tita. Otro beso en la pantalla y me paraba de nuevo. Ahora me revisaba las cejas, los brazos o las piernas. Mi abuela me preguntó si acaso tenía pidulles que no podía quedarme quieto un rato. Solo sonreí.

—Te estoy hablando en serio, cabrito, tanto que te rascai y ahora que no te quedai quieto. Yo he visto cómo están lavando la ropa con agua hirviendo. O tenís pidulles o sarna, una de dos.

—Sarna, yo pensé que les daba solo a los perros —le dije.

La Tita se rio y me contó que cuando joven ella tuvo. Dijo que se la pegó un gato muerto que había en el entretecho de su casa.

—La picazón era horrible, mi cuerpo se llenó de puras heridas chiquititas, como con costras secas. Mi mamita me decía que no me rascara, que era peor, pero yo le juro, Juan, que no podía. Ahí tuve que echar a hervir toda mi ropita para que la picazón se me fuera. No salí hasta que la sarna se acabó. Me daba vergüenza; cómo va a andar una diciendo por ahí que tuvo sarna como las perras.

Me tomó la mano. Luego me pidió ayuda para pararla del sillón. La dejé en el baño y volví a la teleserie.

La actriz no tenía ningún bicho en las cejas.

La última noche del tratamiento, con rabia, me rasuré todo el cuerpo. Miré frente al espejo, brillaba más que los otros días.

Revisé con cuidado el ombligo, me moví los pelos y no había nada. Ni basura, ni costras, ni huevos. Seguí buscando hasta que me cansé.

Tomé la afeitadora y partí con los pelos de los pies y seguí subiendo por las piernas. Sentía el filo seco de la navaja y me hice tres cortes. Dos abajo del ombligo y uno al lado. Sangraron un poco, pero no me importó. Seguí subiendo hasta llegar a mi cara, me saqué los pocos pelos que tenía en la barba, borré el bigote delgado que tanto me había costado conseguir. Llegué hasta las cejas. Las miré, me acerqué al espejo. Abrí sus pelos y revisé. No había basura, no había costras, no había huevos. Boté la gillete, miré mi cuerpo sin pelos, me sentí un niño.

Vi la sangre de los cortes.

Ordené mi ropa para volver al liceo y me acosté. Di vueltas durante toda la noche. No había picazón, pero algo molestaba.

En la mañana me vestí apurado. Salí corriendo por el pasaje para tratar de llegar a la hora. Los perros que revisaban la basura en la esquina me ladraron, juzgándome, como si quisieran gritarle a la cuadra entera que los bichos habían salido a la calle.

En la entrada estaba Eduardo, esta vez lo saludé. Él se dio vuelta y no respondió. Lo vi caminar hacia dentro mientras disimuladamente trataba de meter su mano en el culo. El inspector Castillo me detuvo antes de entrar.

—Métase la camisa adentro —me gritó.

Al apretar mi cinturón, pasé a llevar el corte al lado del ombligo.

Ardió.

Prefiero que arda antes que pique.

II

Cuando volví nos habían cambiado de puesto en la sala. El Eduardo ahora se sentaba adelante, justo frente a la profesora. No dejaba de mover la pierna y se rascaba la espalda a cada rato. La Karina ya no estaba al lado mío. Yo me sentaba al fondo, quizá me habían apartado porque ya lo sabían.

Caminé tímido hacia la silla del final de la sala. Imaginé las historias que el Eduardo pudo haber dicho: «El maricón me intentó agarrar el pico en su casa, me pegó unos bichos con solo tocarme, no debe venir de pura vergüenza». Lo repetía en mi mente. Observé a todos mis compañeros para descubrir si alguno sabía, evité cruzar miradas. Ignoré la voz de la profesora que intentaba, entre gritos, hacernos entender qué era la reforma agraria.

Aunque las ventanas estaban cerradas, el reguetón que venía del patio se colaba hacia dentro de la sala, como si se metiera a la fuerza en esa cajita cuadrada, con mesas compartidas entre dos que apenas se separaban.

Los de cuarto practicaban su baile para el aniversario del liceo.

Yo quiero azotarte, domarte.

Las chiquillas se tiraban al suelo y movían el culo.

Pero lo malo es que te gusta.

Los hombres se colocaban detrás de ellas, apoyaban una mano en el piso, se tiraban hacia atrás y se movían tiesos.

Castigarte por tu mala conducta.

Ellas los paraban del suelo, se ponían frente a ellos, les daban la espalda y le movían el poto más rápido.

Castigarte por tu mala conducta.

La única vez que intenté darle la espalda a alguien y moverle los cachetes me entraron bichos por el culo.

Alguien golpeó con fuerza la pizarra.

—Cierre la cortina, Figueroa, qué es lo que mira tanto —me gritó enojada la profesora.

Me puse rojo, el «uuuuuuh» en coro opacó la música. Volví a mirar directo hacia delante. Por primera vez, el Eduardo se dio vuelta para buscarme, sin importarle que el resto lo viera, como si una fuerza movilizara sus ojos hacia mí.

Se rio y se agarró el paquete.

Apagaron la radio.

La Karina fue la primera amiga que tuve y la única que tengo. Llegó en octavo, sus papás la tuvieron que meter al liceo después de que la echaron de su colegio por no pago. En su primera clase la sentaron al lado mío. Su pelo tenía el mismo olor que el de la Tita: acondicionador Ballerina de placenta. Sacó su cuaderno de Yingo, se sentó, arrastró la silla hacia adelante y me saludó.

—¿Por qué erís el único que se sienta solo?

—No me llevo muy bien con mis compañeros.

—Ah, erís el hueón raro entonces —se rio—. Como soy nueva, me voy a tener que quedar con vo nomás.

En el curso todos la conocíamos antes de que llegara. La veíamos cada vez que aparecía en la tele junto a sus papás.

Buscaban a su hermana mayor, la Mariana. Llevaba dos años desaparecida cuando llegó al liceo, ahora ya son cinco.

La Karina y su familia salían en la pantalla para todos los aniversarios de su desaparición, parecían película de semana santa, un calendario disfrazado de personas que utilizaban su tristeza como reloj. Y yo me sentaba a verlas cada vez que hacían esa aparición programada. La imagen siempre era la misma: la mamá y el papá tomados de las manos hablando a la cámara, pasaban de matinal en matinal contando la historia. Y yo no me la perdía, pensando en dónde estaba ella, quiénes la tenían o si la mataron, si es que alguna vez la vi en la feria o en algún negocio, buscando alguna forma en que yo también me pudiera incluir en esa postal de la desaparición.

La Karina ponía una silla al lado de ellos y sostenía un cuadro con la última foto que le tomaron a la Mariana, de cuando pasó a cuarto medio. La abrazaba.

La Karina tenía rulos, su hermana no.

La Karina es la del pelo más frondoso en todo el curso, el Eduardo siempre le decía que parecían pendejos. Su afro se veía mejor desde el fondo. Se movía inquieta para darse vuelta y saludarme, hacerme algún gesto. Me recordaba que no estaba solo, que ella siempre estaba.

Sonó el timbre y todos corrieron hacia la puerta. Ella fue la única que se acercó hacia el fondo, me abrazó.

—Dónde mierda te metiste vo, hueón, que me dejaste una semana sola.

—Es que la Tita se enfermó y no teníamos quién la cuidara.

—¿Y la mamá del Lalo?

—No sé, parece que no podía esos días.

—Me tinca que vo me estái puro mintiendo.

Nos sentamos frente a la cancha de cemento que había en el centro del patio. La Karina se chupó los dedos amarillentos, mientras terminaba de comerse los Cheetos, la misma colación que traía todos los días. El Eduardo estaba jugando a la pelota frente a nosotros y tiraba un pollo cada vez que daba un pase, expulsando toda la saliva que acumulaba en su boca.

Miré cómo corría, le seguía sus pasos, se le notaba cansado.

Así se sentía su respiración en el clóset, a veces más rápida, otras más fuerte, siempre detrás de mi oreja, imaginaba que hacía el mismo ruido entrecortado cuando corría. Pensaba en si las patitas chiquititas se movían a la par con él, si corrían más rápido cuando él aceleraba, si se escondían en su culo cada vez que chocaba con alguien. Y él les gritaba maricón, siempre gritaba maricón.

El ombligo me empezó a arder, me picaba cada vez que pensaba en el Eduardo y su cuerpo. La Karina me pegó en la mano.

—Para de rascarte, te parecí a mi abuelo que no deja de tocarse la guata.

—Es que me dio como una alergia y no me puedo dejar de rascar.

—¿Te dio peste?

—No, algo medio parecido, pero no te puedo contar.

—¿Por qué no? ¿No confiái en mí?

—Es que le prometí a mi mami que no le diría a nadie, dice que me van a mirar raro, que se van a correr de mí.

—Pero si de vo se han corrido siempre.

—Ya no seai pesá.

—¿Vai a ir a mi casa en la noche? La Roxana se agarra a la Tanza en el capítulo de hoy.

—Si me dan permiso, obvio que voy.

Sonó el timbre. El Eduardo agarró la pelota, tenía la camisa pegada a la espalda por el sudor, se fue corriendo a la sala. Aceleré el paso, siguiéndolo en secreto, para quedar detrás de él. Frenó en seco y tiró la pelota al suelo, se desabrochó el botón del pantalón, metió su mano y se rascó desesperado.

Presioné mi ombligo antes de que ardiera.

La primera vez que fui a la casa de la Karina, mi mamá me dejó ir solo porque ella la conocía. Al entrar me asusté. El antejardín parecía un santuario donde en cada paso me topaba con el rostro de su hermana: revistas con su cara en la portada, cientos de fotocopias, rumas de diarios, de seguro con algún reportaje del caso, unas cajas con poleras con la cara de la Mariana, como si la casa fuera una animita gigante que recordaba a un muerto que no existía.

Caminar por dentro era un peregrinaje, cada paso que daba era un recorrido por una línea de tiempo que se vio interrumpida de golpe. Terminaba con una foto en blanco y negro, con la frase de «se busca» sobre un rostro. En la casa solo había una foto de la Karina, la de su graduación de kinder, era la única prueba de que ahí había otra hija. La mamá se metía a la pieza de su hermana todas las noches, ahí dormía. Cuando la Karina me contó, no paraba de reírse de los puros nervios. Los papás me saludaron y se encerraron. Nadie preguntó mi nombre, ni quién era.

Me sorprendió que la pieza de la Karina fuera el único lugar en donde no había una foto de la Mariana. Era mucho más grande que la mía, tenía una figura de cartón de Justin Bieber en tamaño real, del porte de nosotros. El frío nos obligó a meternos dentro de la cama y prendimos la tele, Año 0

estaba a punto de empezar. Los programas de farándula venían anunciando hace una semana que la Roxana Muñoz y la Tanza Varela se darían un beso, era la primera vez que no iban a censurar algo así en un reality. Con la Karina estábamos tan emocionados que decidimos verlo juntos.

La Roxana tomó el fierro de la escoba para simular un micrófono y apuntó a la Tanza para que baile con ella. Pusieron Like a Virgin de Madonna. Se dieron la espalda, bajaron al mismo tiempo, sus cachetes chocaron uno contra otro, en el reality todos gritaban; con la Karina también gritamos. La Tanza se dio vuelta, la Roxana la siguió. Se abrazaron, comenzaron a bajar de frente. Se miraron, todos gritaban: «¡El beso!, ¡el beso!». La Tanza se abalanzó sobre la Roxana, chocaron sus labios, solo se rozaron. En el reality volvieron a gritar, pero también comenzaron a correr.

Con la Karina no hicimos ruido.

—¿Y por esta hueá esperamos tanto? —dice Karina.

—Eso no es un beso, hasta a nosotros nos sale mejor.

—¿Tú creí?

—Si nunca nos hemos dado uno —infló su pecho desafiándome.

—Demás que sí po, intentémoslo.

Apagamos la tele, nos levantamos, la Karina prendió el computador que nos dieron en el liceo el año pasado y puso la canción. La dejó cargando, dijo que su internet era muy malo. Mientras esperábamos, movimos a Justin Bieber para que viera de frente nuestro baile, para que ojalá gritara como en el reality.

La canción empezó a sonar, la Karina me tomó las manos. Se movió lento, pero no dejó de mirarme a los ojos. Nos dimos vuelta, yo era la Roxana y ella la Tanza. Ella me tenía que dar